

La gran crisis financiera: causas y consecuencias, John Bellamy Foster y Fred Magdoff, Madrid, FCE, 2009

En el año IV de la crisis económica todo parece más claro. Esto es así porque las crisis profundas, una vez desencadenadas, tienen la propiedad de despejar las incertidumbres, de destruir los matices, de acabar con las posiciones intermedias y de mostrar las contradicciones y los límites. Las crisis generales, una vez superado el momento inicial de confusión que producen, son como el viento fuerte que limpia el cielo permitiendo que se otean nuevos horizontes.

La virulencia, profundidad y rapidez de la crisis económica que padecemos lo ha puesto fácil, ayudando a una mejor comprensión de lo que acontece. Así que en poco más de cuatro años hemos reconocido algunas evidencias sobre lo que está pasando, que comparten todas las personas de buena fe independientemente de sus convicciones.

Lo primero que podemos acordar es lo siguiente: lo que en el año 2007 parecía un desarreglo del sistema financiero privado en un solo país, los EEUU, se ha convertido en una crisis del capitalismo a nivel mundial que está afectando de manera muy grave al resto de los países occidentales.

A esta convicción se une una segunda: el pensamiento económico oficial, convertido desde hace mucho en una ideología legitimadora de lo existente, fue incapaz de predecir nada. Los economistas oficiales fueron maestros en elaborar un discurso superficialmente alambicado que ocultaba a la vez la miseria de la realidad, la realidad de la miseria y la miseria del discurso mismo. Al hablar de economía los economistas oficiales despachaban ideas de repertorio, actuando como aquellos curas tridentinos que recitan misa en latín para que el común no se entere de nada y siga felizmente doblando el espinazo a favor de causas espurias. Todos esos economistas, que pasarán a la historia intelectual de la infamia, recuerdan a los oficiantes de una ceremonia bizantina, estomagante y falaz en la que, al margen de las apariencias, de lo que se trata es de apuntalar la majestad divina del emperador mientras el pueblo genuflexo queda deslumbrado por el boato y mareado por el incienso. La novedad que presenciamos sobre este particular, el de la capacidad de engaño de los ciudadanos es que, por vez primera en mucho tiempo, parece a punto de colmarse. Menudean las protestas y los disturbios, que son expresiones más o menos articuladas de un malestar y de una rabia que no podrá contenerse eternamente.

A esta segunda convicción se añade una tercera: nadie sabe cuánto va a durar esta crisis, ni las calamidades últimas que nos traerá y, por supuesto, si abrirá la vía a un mundo mejor.

Y sobre todas estas obviedades se afirma una última: los ciudadanos que padecen la crisis, que no dejan de aumentar en número, están cada vez más hartos y son más críticos con unas instituciones a las que acusan de no representarles. Por lo tanto, la crisis financiera, que pronto se convirtió en una crisis global del capitalismo, ahora se ha transformado en una crisis política y social muy honda que afecta incluso a las conciencias de los individuos y, quién sabe, quizás muy pronto a los consensos básicos sobre los que se sostiene la paz social.

Cuatro años después del inicio de la crisis económica tenemos ya suficiente perspectiva para clasificar los distintos análisis a que ha dado lugar, lo que nos lleva a ordenarlos en tres posiciones teóricas distintas.

De una parte nos encontramos con lo que llamaremos teorías contumaces, caracterizadas porque consideran que las crisis capitalistas no sólo son naturales al sistema sino que resultan toda una bendición puesto que tienen la facultad de depurarlo de aquello que le es inútil o perjudicial: capital improductivo, empresarios fracasados, trabajadores molestos, leyes prolijas, instituciones pesadas, democracias puntillosas, gobiernos soberanos, tecnologías fallidas, ideologías adversas y demás lapas que lastran la marcha ascendente de la tasa de ganancia. Las crisis capitalistas serían, por tanto, el emético que proporciona salud futura al capitalismo, que es el único sistema económico válido aunque necesite de vez en cuando de un buen purgante para realizar sus objetivos. En palabras de Alan Greenspan, exPresidente de la Reserva Federal, crisis como la actual son “*tsunamis* que ocurren una vez cada cien años”, algo así como fatalidades de la naturaleza que hay que soportar con resignación, porque tras la destrucción germinará la semilla de un capitalismo más poderoso y eficaz. La profundidad de la crisis es tal que poco a poco se decantan en el grupo de los contumaces los que afirman, ya sin embozo y con un creciente histerismo, que el capitalismo no busca satisfacer necesidades sociales sino ambiciones individuales sobre las que se sostiene un sistema de poder darwinista en el que la democracia puede llegar a ser un impedimento prescindible. Para los que así piensan el capitalismo no necesita ciudadanos con derechos sino individuos aislados y obedientes. En el fondo reposa aquí el mito, nunca realizado, de una sociedad que se ha disuelto en millones de individuos, sin gobiernos, sin política, sin democracia y con mercados omnímodos controlados por unos pocos. En su análisis los contumaces ponen en un primer plano precisamente aquello que habían negado hasta la saciedad, y que habían utilizado como reproche contra todos los que no pensaban como ellos: que las sociedades capitalistas son sociedades clasistas y que cuando afloran las contradicciones del capitalismo el clasismo y la lucha de clases se radicalizan, arrojando a pueblos enteros al basurero de la historia. En este grupo encontramos a todos los que legitiman el sistema actual, incluido el caos trágico en el que estamos envueltos: liberales, neoliberales, anarcocapitalistas, “neocones”, defensores de la Escuela de Chicago, seguidores de la Escuela Austriaca de Economía, resto de seguidores de los principios abstractos de la economía neoclásica, altos cargos del FMI, de la OMC, del Banco Mundial y de la OCDE, gobernadores de bancos centrales, gestores de fondos de inversión, de pensiones o de alto riesgo, directivos de agencias de calificación, consejeros de instituciones financieras privadas, *think tanks* de postín, especuladores varios, gobiernos consentidores, derechistas de cualquier condición, socialdemócratas apalancados, despistados y demás nostálgicos. Es decir, todos los que hasta ahora han gobernado nuestras vidas para desgracia general.

Por otra parte están lo que llamaremos teorías refundadoras, que consideran que la crisis económica es consecuencia de un mal funcionamiento del capitalismo, de un defecto en su desarrollo atribuible a causas que pueden ser dominadas sin poner en cuestión el sistema mismo, de un error o desviación corregible en suma. Para los que así razonan las causas de la crisis son, en consecuencia, de índole muy diversa, orbitan en la periferia del sistema y

tienen un carácter accidental: falta de regulaciones financieras adecuadas, exceso de ambición y de avaricia por parte de financieros irresponsables, errores políticos varios, gasto y endeudamiento excesivos, sistemas fiscales que perdonan impuestos a los ricos, permisividad y connivencia con los paraísos fiscales, banqueros desvergonzados, etc. Algo así como los siete pecados capitales juntos. La conclusión a la que nos llevan estos análisis es evidente: atendida la causa del mal, el capitalismo se conducirá con humanidad. Para salir del apuro bastaría con refundarlo que es aquí sinónimo de embridarlo. El objetivo es reconstruir el capitalismo sujetándolo a la voluntad de los gobiernos democráticos que, se supone, velarán por los intereses de los ciudadanos a los que representan. El remedio, por tanto, lo proporcionan instituciones fuertes y leyes restrictivas y claras que limitarían los excesos, las arbitrariedades y el egoísmo. En este grupo conviven conservadores asustados, algunos socialdemócratas desencantados, indignados de toda condición, los keynesianos que aún quedan y todos los que confían en el poder de la reforma, incluidos muchos que ya no creen en la capacidad de mejora del sistema pero que desconfían aún de la viabilidad de otras alternativas.

Por último, se observa un renacimiento de teorías que habían caído en un desprestigio innmercedo forzado por unas condiciones históricas muy adversas y por la animadversión de los círculos oficiales de economistas y de otros pensadores sociales que coparon las cátedras, departamentos, fundaciones y gabinetes de estudio con sus retóricas bizantinas: hablamos de los análisis de carácter marxista y del retorno de la economía política, en el sentido clásico del término, tal y como la cultivaron Adam Smith, David Ricardo, Thomas Malthus, John Stuart Mill y Karl Marx entre otros. Los que asumen este paradigma entienden que el capitalismo es un sistema de explotación inmoral en el que las crisis son sustanciales a su funcionamiento, pero que lejos de suponer una bendición, como sostienen los apologetas del primer grupo, son pruebas evidentes de que el sistema, tarde o temprano, se acerca a una gran crisis final. No deben confundirse las causas con los síntomas, nos advierten los partidarios de este punto de vista, principal error en el que incurren los que creen que es posible refundar el capitalismo. Si para éstos una economía financiera desbocada es la causa de una gran parte de los males del presente, para el marxismo la supuesta causa (financiarización extrema de la economía) no es más que un síntoma de una “enfermedad” profunda y crónica que lo caracteriza: la dificultad creciente para incrementar la tasa de ganancia. El capitalismo así considerado es un modo de producción temporalmente circunscrito, con fecha de nacimiento y de muerte, un producto social e histórico más, tan fruto de la voluntad de los seres humanos como los estilos musicales o artísticos, que se superan y prescriben. Habrá quien diga que el punto fuerte del paradigma marxista no está en su capacidad para imaginar un orden social nuevo y mejor que el actual, por lo que no habría que tomarse muy en serio ni sus predicciones ni, sobre todo, sus análisis. En descargo de esta objeción habría que decir que tal reproche pierde muchos enteros cuando observamos lo que nos aportan otros planteamientos sobre este particular, porque ni los contumaces ni los refundadores proponen nada interesante al respecto, excepto vivir en el infierno actual o conducirnos de nuevo a los “dorados años cincuenta y sesenta” del siglo pasado, aunque con un toque ecologista y sostenible.

La obra de Foster y Magdoff titulada *La Gran Crisis Financiera: causas y consecuencias*, forma parte de esta tercera perspectiva, la de carácter marxista que entronca con la tradición

venerable de la Economía Política. Corresponde ahora comentarla brevemente.

Lo primero que llama la atención es que esta obra está formada por un conjunto de artículos publicados entre los años 2006 y 2008, recogidos en un libro en el año 2009 que fue inmediatamente traducido al español. Los artículos han sido escritos por dos profesores norteamericanos de las Universidades de Oregon y de Vermont que, además, tienen en común participar muy activamente en la *Monthly Review* (revista fundada en 1949 por Paul Sweezy y Leo Huberman). De hecho, la mayoría de los artículos ya habían sido publicados en la *Monthly Review* aunque sin alcanzar la repercusión que están teniendo ahora. Además, sorprende la capacidad predictiva de estos trabajos escritos en los momentos iniciales de la crisis. Cinco años después mantienen una frescura y una perspicacia que ya quisieran para sí las obras de algunos próceres de la economía que hasta hace bien poco pontificaban como sibilas y que, de existir justicia en el mundo, tendrían que guardar silencio como cenotafios al menos durante los próximos cien años.

Magdoff y Foster participan de una tradición del análisis económico tan ecléctica como respetable, en la que se unen gigantes del pensamiento económico como Marx, Keynes, Robinson, Hansen, Kalecki, Minsky, Baran y Sweezy entre otros, y en la que, como es manifiesto, se mezclan keynesianos y marxistas. Todos estos autores, aunque proceden de paradigmas interpretativos diferentes, coinciden en negar que capitalismo y crecimiento económico vayan siempre de la mano.

Por ejemplo, Keynes afirmaba que la economía capitalista podía encontrar una situación de equilibrio permanente con un desempleo grave y continuado. Alvin Hansen, también keynesiano, sostenía que el capitalismo no sigue de manera inherente el camino del crecimiento y del pleno empleo, sino que puede estancarse durante décadas o, incluso, permanentemente, provocando un alto desempleo o subempleo y un exceso de capacidad sin utilizar. Joan Robinson, keynesiana también, probaba con estudios estadísticos que tras cada recuperación de una recesión suave “*la distancia entre el mejor rendimiento conseguido y el rendimiento potencial era cada vez mayor*”, lo que significa que para el capitalismo resulta cada vez más difícil absorber el excedente de capital que él mismo produce. En un terreno analítico también keynesiano, Hyman Minsky, estudioso del sistema financiero, llegaba a una conclusión preocupante a principios de los años sesenta que los acontecimientos posteriores no han hecho más que corroborar: “*que la estructura financiera de la economía capitalista avanzada muestra un defecto interno que le lleva implacablemente de la fortaleza a la fragilidad, lo que provoca que toda la economía sea propensa, al final, a una deflación de la deuda del tipo mostrado durante la Gran Depresión*”. Tal y como apunta John Cassidy, experto en economía y finanzas, los estudios de Minsky muestran que las racionalidades individuales de cada uno de los agentes financieros, sumadas, dan lugar a una irracionalidad completa que empuja al sistema capitalista a la depresión económica, con lo que uno de los postulados básicos de la doctrina del equilibrio general se derrumba y, con ella, la doctrina al completo.

Por otra parte, Michal Kalecki, a partir de un análisis de clase marxista, defendía la tesis de que el desarrollo a largo plazo no es inherente a la economía capitalista y que ésta requiere “*factores de desarrollo específico para sostener su avance*”, hipótesis que confirmó en

términos microeconómicos su colega Josef Steindl. Por último, Baran y Sweezy, desde una orientación marxista, creyeron demostrar en su obra clásica *El capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*, publicada en 1966, que el estado normal de la economía capitalista es el estancamiento producido por un excedente de capital cada vez mayor que la economía es incapaz de absorber rentablemente a través del consumo y de la inversión. En pocas palabras, que la sobreacumulación del capital provocará a la larga su destrucción a no ser que encuentre en cada coyuntura adversa la forma de dar salida a todo el excedente producido, cosa por otra parte más difícil cada vez.

Conocidos estos fundamentos, la tesis sobre la crisis defendida por Magdoff y Foster no es original pero sí muy clara. En palabras de los autores:

“... la especulación en divisas y futuros, el comercio de complejos derivados, el surgimiento y crecimiento de los fondos de cobertura de alto riesgo, y el sorprendente incremento del endeudamiento, todas son consecuencia del mismo fenómeno. A medida que la economía de producción de bienes y servicios se estanca y, por tanto, no consigue generar la tasa de rentabilidad de M-C-M' que desea el capital, aparece un nuevo tipo de *inversión*. Su objetivo es apalancar la deuda y adoptar la expansión tipo burbuja que busca altos beneficios especulativos a través de diferentes instrumentos financieros. La profundidad del estancamiento y su arraigo tenaz en la economía capitalista madura pueden atestiguar por la entrada de inversión en lo que llamamos *el gran casino*. El descenso de los salarios reales (ajustados por la inflación) y la redistribución de la riqueza hacia arriba (a través de una bajada en los impuestos y una reducción en servicios sociales), resultado de la guerra de clases declarada unilateralmente desde arriba, no han sido suficientes para garantizar la espiral creciente de rentabilidad sobre el capital invertido en la economía productiva. Por consiguiente, el capital, en su búsqueda continua de beneficio, no está generando una mayor producción de bienes y servicios, sino un recurso constante a nuevas formas de realizar apuestas.”

La enorme financiarización de las últimas tres décadas, lejos de ser un accidente o un fenómeno parásito, es una necesidad para el capitalismo, porque a través de ella el capital monopolístico intenta superar su tendencia natural al estancamiento. Pero tal realización tiene un precio cada vez más insoportable para la sociedad, bajo la forma de explosión de la deuda muy por encima de la producción de bienes, aumento de las desigualdades sociales, empobrecimiento que afecta también a la clase media, endeudamiento privado insostenible, aumento de las diferencias de clase, de la explotación y de la marginación social, degradación de las relaciones laborales, especulación financiera despegada de la realidad material de la economía, desempleo estructural cada vez más alto, crisis financieras recurrentes con mayor capacidad para contaminar todo el sistema económico, caída de las tasas de inversión productiva, disminución de los beneficios industriales, deslocalizaciones brutales, recortes sociales, apalancamientos temerarios, asedio a los Estados, inestabilidad y conflictividad social crecientes, condena de pueblos enteros al hambre y la muerte, etc.,

EL TEXTO DE ESTA RESEÑA ES PROPIEDAD DE IU DE AZUQUECA DE HENARES
RESEÑA PUBLICADA EN www.iuazuqueca.org

elementos todos ellos que conducen a que el sistema económico, político y social sea cada vez más inestable e incontrolable, además de constituir un fracaso moral absoluto que debería avergonzarnos a todos. A estos fenómenos tan comunes y generalizados, con toda la gravedad que manifiestan, se une un hecho de mayor relevancia aún: la posibilidad de que la financiarización entre también en crisis debido a que sus apuestas no puedan ser cubiertas por ninguna institución última ni privada ni pública, arrastrando a la economía al estancamiento o, incluso, a una nueva depresión mundial.

Asumido este panorama sólo cabe una conclusión: o se siguen hinchando burbujas especulativas cada vez más grandes y peligrosas para recuperar tasas de ganancia irremediablemente decaídas, con el riesgo de explosión social que ello acarrea, sabiendo además que así se adelanta y se agrava la crisis siguiente, o se construye un orden económico distinto en el que se satisfagan las necesidades humanas y se respete la democracia. A esta segunda posibilidad los autores la llaman sencillamente socialismo.

Emilio Alvarado Pérez
9 de agosto de 2011